

VII.

Un hallazgo curioso

“Esto y más” acabamos de decir respecto de lo que nos cuenta la historia acerca de Andrés de Tapia. No pensamos agotar todas las noticias que le conciernen, porque sobre haber menester para ello más espacio, sería impertinente, y, por lo mismo, enojoso; pero á su nombre se asocia una aventura no muy vulgar y poco celebrada de los escritores que han cultivado últimamente nuestra historia antigua, y estas circunstancias nos mueven á pensar que el relato de la misma no será acogido con un ademán de displicencia.

Hallábase Cortés con su flota en la isla de Cozumel, después de la salida que hizo de Cuba, con dirección al Continente americano.

Entre sus soldados había algunos de los que le precedieron en aquella expedición, viniendo con Francisco Hernández de Córdoba, y dos de ellos eran Martín Ramos, vizcaíno, y el amable Bernal Díaz del Castillo.

A estos se dirigió pensativo, una vez, preguntándoles qué sentían de las palabras “castilan, castilan,” que habían oído

de boca de unos indios de Campeche cuando acompañaron al citado Hernández de Córdoba.

Los interrogados se limitaron á contestar refiriendo minuciosamente la ocasión y circunstancias en que oyeron esas palabras; pero él, más avisado, les dijo haber pensado en ello muchas veces, y que sospechaba estarían algunos españoles en aquellas tierras.—Paréceme, añadió, que será bien preguntar á estos caciques de Cozumel, si saben alguna nueva de ellos.

Hízolo así en efecto, valiéndose de intérprete, y todos á una, los principales de la isla contestaron que habían conocido en la Tierra Firme hombres con barbas, que eran extranjeros, y los tenían por esclavos unos caciques; añadiendo que hacía poco tiempo les habían hablado.

Pero dejemos continuar la narración á Bernal Díaz, testigo presencial de estos hechos:

“E díjoles Cortés (á los principales) que luego los fuesen á llamar con cartas, que en su lengua llaman “amales,” y dió á los caciques y á los indios que fueron con las cartas, camisas, y los halagó, y les dijo, que cuando volviesen les daría más cuentas: y el cacique dijo á Cortés, que enviase rescate para los amos con quien es-

taban, que los tenían por esclavos, porque los dejasen venir: y así se hizo, que se les dió á los mensajeros de todo género de cuentas: y luego mandó apercebir dos navíos, los de menos porte, que el uno era poco mayor que bergantín, y con veinte ballesteros y escopeteros y por capitán de ellos á Diego de Ordás, y mandó que estuviesen en la costa de la Punta de Cotoche (hoy cabo Catoche) aguardando ocho días con el navío mayor: y entre tanto que iban y venían con la respuesta de las cartas, con el navío pequeño volviesen á dar la respuesta á Cortés, de lo que hacían, porque estaba aquella tierra de la Punta de Cotoche obra de cuatro leguas, y se parece la una tierra desde la otra y escrita la carta, decía en ella: Señores y hermanos, aquí en Cozumel he sabido que estáis en poder de un cacique detenidos, yo os pido por merced, que luego os vengáis aquí á Cozumel, que para ello envío un navío con soldados, si los hubiéredes menester, y rescate para dar á esos indios con quien estáis; y lleva el navío de plazo ocho días para os aguardar: veníos con toda brevedad: de mí seréis bien mirados y aprovechados. Yo quedo aquí en esta isla con quinientos soldados y once navíos: en ellos voy mediante Dios, la vía de un pueblo que se dice Tabasco ó Potonchan, etc.

Luego se embarcaron en los navíos con las cartas, y los dos indios mercaderes de Cozumel que las llevaban, y en tres horas atravesaron el golfete, y echaron en tierra los mensajeros con las cartas y el rescate, y en dos días las dieron á un español que se decía Gerónimo de Aguilar, que entonces supimos que así se llamaba. . . . Y después las hubo leído, y recibido el rescate de las cuentas que le enviamos, él se holgó con ello, y lo llevó á su amo el cacique, para que le diese licencia; la cual luego la dió para que se fuese adonde quisiese.

“Caminó el Aguilar adonde estaba su compañero, que se decía Gonzalo Guerrero, que le respondió:

—“Hermano Aguilar, yo soy casado, tengo tres hijos, y tiénneme por cacique y capitán cuando hay guerra: íos vos con Dios, que yo tengo labrada la cara, y horadadas las orejas, ¿qué dirán de mí desque me vean esos españoles ir de esta manera? é ya véis estos mis tres hijitos cuán bonitos son: por vida vuestra que me déis de esas cuentas verdes que traéis para ellos, y diré que mis hermanos me las envían de mi tierra.

“Y asimismo la india, mujer del Gonzalo, habló al Aguilar en su lengua, muy enojada, y le dijo:

—“¡Mira! con que viene este esclavo á

llamar á mi marido; ios vos, y no curéis de más pláticas.

“Y el Aguilar tornó á hablar al Gonzalo, que mirase que era cristiano, que por una india no se perdiese el ánima; y si por mujer y hijos lo hacía, que la llevase consigo, si no los quería dejar; y por más que le dijo y amonestó, no quiso venir. Y parece ser, aquel Gonzalo Guerrero era hombre de la mar, natural de Palos. Y desde que el Gerónimo de Aguilar vido que no quería venir, se vino luego con los dos indios mensajeros adonde había estado el navío aguardándole, y desde que llegó, no le halló, que ya era ido, porque ya se habían pasado los ocho días, y aun uno más que llevó de plazo el Ordás, para que aguardase; porque desde que vió el Aguilar no venía, se volvió á Cozumel sin llevar recaudo, á lo que había venido: y desde que el Aguilar vió que no estaba allí el navío, quedó muy triste, y se volvió á su amo al pueblo donde antes solía vivir.

“Y dejaré esto, y diré cuando Cortés vió venir al Ordás sin recaudo, ni nueva de los españoles, ni de los indios mensajeros, estaba tan enojado, que dijo con palabras soberbias al Ordás, que había creído que otro mejor recado trajera que no venirse así sin los españoles, ni nueva de ellos; porque ciertamente estaban en aquella tierra.”

Perdida, según esto, la esperanza de juntarse con ellos, á lo menos por entonces, determinó el conquistador seguir su viaje: dió algunas instrucciones á los isleños, acerca del culto cristiano, y ordenada competentemente la flota, se hizo á la vela con buen tiempo.

Eran las diez de la mañana, y vogaban las naves prósperamente, cuando la tripulación de una de ellas da voces alarman-tes; pónense á la capa y disparan una pieza de artillería, cuya detonación pudieron oír todavía los moradores de Cozumel.

Averiguada la causa de este acontecimiento, fué reconocido que el navío capitaneado por Juan de Escalante, donde iba el pan de cazabe, se anegaba y volvía apresuradamente á la isla; por lo cual dispuso Cortés que los demás le acompañasen, arribando todos juntos á la playa, de donde poco tiempo antes se habían separado.

Hecha la relación de este contratiempo, prosigue así Bernal Díaz:

“Cuando tuvo noticia cierta el español que estaba en poder de indios, que habíamos vuelto á Cozumel con los navíos, se alegró en grande manera, y dió gracias á Dios, y mucha priesa en se venir él y los indios que llevaron las cartas y rescate á se embarcar en una canoa, y como la pagó bien en cuentas verdes del rescate

que le enviamos, luego la halló alquilada con seis indios remeros con ella; y dan tal priesa en remar, que en espacio de poco tiempo pasaron el golfete que hay de una tierra á la otra, que serían cuatro leguas, sin tener contraste de la mar; y llegados á la costa de Cozumel, ya que estaban desembarcados, dijeron á Cortés unos soldados que iban a montería (porque había en aquella isla puercos de la tierra), que había venido una canoa grande allí junto del pueblo, y que venía de la punta de Cotoche; y mandó Cortés á Andrés de Tapia y á otros soldados, que fuesen á ver qué cosa nueva era venir allí junto á nosotros, indios sin temor ninguno con canoas grandes, y luego fueron: y desde los indios que venían en la canoa que traía alquilados el Aguilar, vieron los españoles, tuvieron temor, y queríanse tornar á embarcar, é hacer á lo largo con la canoa, y Aguilar les dijo en su lengua, que no tuviesen miedo, que eran sus hermanos: y el Andrés de Tapia como los vió que eran indios (porque el Aguilar ni más ni menos que era indio), luego envió á decir á Cortés, con un español, que siete indios de Cozumel eran los que allí llegaron en la canoa: y después que hubieron saltado en tierra, el español más mascado y peor pronunciado, dijo:

—“Dios é Santa María, y Sevilla.

“Y luego le fué á abrazar el Tapia; y otro soldado de los que habían ido con el Tapia á ver qué cosa era, fué á mucha priesa á demandar albricias á Cortés, como era español el que venía en la canoa, de que todos nos alegramos, y luego se vino el Tapia con el español adonde estaba Cortés; y antes que llegase adonde Cortés estaba, ciertos españoles preguntaba al Tapia, ¿qué es del español? aunque iba allí junto con él, porque le tenían por indio propio, porque de suyo era moreno y tresquildo á manera de indio esclavo, y traía un remo al hombro y una cotara vieja calzada, y la otra en la cinta, y una manta vieja muy ruin, é un brague-ro peor; y traía atada en la manta un bulto, que eran Horas muy viejas.

“Pues desde Cortés le vió de aquella manera, también picó como los demás soldados, y preguntó al Tapia, que qué era del español? y el español, como lo entendió, se puso en cuclillas como hacen los indios, y dijo: Yo soy: y luego le mandó dar de vestir camisa y jubon, y zaraguellas, y caperuza, y alpargates, que otros vestidos no había, y le preguntó de su vida, y cómo se llamaba, y cuándo vino á aquella tierra?

“Y él dijo, aunque no bien pronunciado, que se decía Gerónimo de Aguilar,

y que era natural de Ecija, y que tenía órdenes de Evangelio; que había ocho años que se había perdido él y otros quince hombres y dos mujeres que iban desde el Darien á la Isla de Santo Domingo, cuando hubo unas diferencias y pleitos de un Enciso y Valdivia, y dijo que llevaban diez mil pesos de oro, y los procesos de los unos contra los otros, y que el navío en que iban dió en los Alacranes, que no pudo navegar, y que en el batel del mismo navío se metieron él y sus compañeros y dos mujeres, creyendo tomar la Isla de Cuba ó á Jamaica; y que las corrientes eran muy grandes, que les echaron en aquella tierra, y que los calachionis (caciques) de aquella comarca los repartieron entre sí, é que habían sacrificado á los ídolos muchos de sus compañeros, y de ellos se habían muerto de dolencia; y las mujeres que poco tiempo pasado había que de trabajo también se murieron, porque las hacían moler, é que á él que le tenían para sacrificar, y una noche se huyó, y se fué á aquel cacique con quien estaba, y que no habían quedado de todos sino él, y un Gonzalo Guerrero, y dijo que le fué á llamar, y no quiso venir.

“E desde que Cortés lo oyó, dió muchas gracias á Dios por todo, y le dijo, que

mediante Dios que de él sería bien mirado y gratificado.

El venturoso capitán cumplió su palabra, pues parece que le distinguió en adelante con favores y miramientos que jamás excusaba con personas de quienes podía sacar provecho, y en este caso se hallaba Aguilar. Este, en efecto, prestó importantes servicios en el curso de la expedición, y fué antes de Doña Marina, el intérprete por medio del cual se comunicaron los españoles con los indígenas del Continente americano.

Era valeroso. Desempeñó comisiones de confianza, como fué la de exigir de los cholultecas el juramento de fidelidad á Carlos V, antes de que el ejército invasor se dirigiese la primera vez á México. Estando ya en esta ciudad, pidió á nombre de Cortés, licencia á Moteuczoma, para construir una capilla donde se pudiesen celebrar los divinos oficios, obtenida la cual, y merced á la empeñosa cooperación del mismo rey, que dió indios operarios, y los materiales que eran menester, la fábrica se concluyó en dos días, siendo éste el primer oratorio que los españoles tuvieron en la capital.

Figuró después como actor en el gran drama de la conquista del país; y cuando quedó éste ya sujeto, residió en él por muchos años y murió tullido, logrando,

como Andrés de Tapia y casi todos aquellos aventureros, la fortuna de no perecer en el campo de batalla, y tal vez la de vivir colmados de honores y riquezas en medio de una nación que poco antes consideraban enemiga.

Ignórase si después de la conquista cultivaron su trato Tapia y Aguilar; pero es probable que así fuese, y que el primero no dejara de sonreír al recordar con el segundo las singulares y novelescas circunstancias en que hubo de conocerle. Inagotable sería el caudal de su conversación, en la que se verían admirablemente enlazadas todas sus aventuras y descritos todos los pasos dichosos ó infortunados que en una senda estrecha y sembrada de espinas, tuvieron ambos que dar para llegar á la cumbre de la gloria; comunicarian entre sí los juicios que formaban acerca de las cosas del país, y particularmente del Gobierno de la naciente colonia; se confiarían sus proyectos de futuro engrandecimiento; y acaso Tapia escogería con el buen eclesiástico, los medios más aptos para realizar la fundación del convento de concepcionistas, que fué tal vez en el último tercio de su vida, la idea favorita que le traería constantemente ocupado; participando de la naturaleza de aquellos hombres cuya juventud pasó entre agitaciones, quienes al fin de su

carrera se consagraban regularmente al culto de un pensamiento humanitario ó piadoso, y de una fisonomía tanto más serena, cuanto fueron descabellados ó tumultuosos los proyectos que absorvieron en otro tiempo toda la actividad de sus potencias.

### VIII.

#### También las monjas se pronunciar

Pero basta de digresión.

Y con todo, sin digresiones no formamos la historia que nos hemos propuesto, porque las monjas no la tienen propiamente tal, si no es que por historia se entienda el reflejo de la vida doméstica.

En efecto, con excepción de las noticias tocantes á la erección del instituto, primeras personas que lo abrazaron y auspicios bajo los cuales se verificó tal ó cual fundación perteneciente al mismo, ¿qué le queda al investigador sino el relato, un si es no es abigarrado y grotesco de sucesos tomados de la historia general del país en que se vive, cuando tienen conexión más ó menos íntima con la existencia del monasterio de que se trata?

¿O sería bien zurcir con lo dicho un compendio de la regla que observa la comunidad, una tabla que manifieste el estado de las rentas del convento en diversas épocas, ó un cuadro descolorido de las costumbres de aquélla, siempre las mismas desde los tiempos más remotos?

En cuanto á lo primero, baste decir, que la regla de nuestras concepcionistas es como quien dice nada, todo lo más apetecible, lo más excelente, lo más prodigioso, lo más divino; es, en suma, según expresa su título, —“llave de oro para abrir las puertas del cielo.”

Por conquistar esta llave, ¿no habrían desistido los argonautas de la famosa empresa que los condujo á las playas de Colcos?

Por lo tocante á lo segundo, sin entrar en intimidades, sólo indicaremos que el monasterio llegó á encerrar ciento treinta religiosas de velo, según el cronista Vencanturt nos lo ha contado: no concediendo á cada una sino cuatro mil pesos de dote, tenemos la suma de quinientos veinte mil pesos, importe de todos los dotes, que unida á otro tanto, cuando menos, de fondo de manos muertas, componen un millón cuarenta mil pesos; y ya se vé si con un millón de capital no se disfruta una renta pingüe y generosa.

No se crea, por lo expuesto, que siem-

pre fué tan lisonjero el estado de esas rentas; tiempos hubo de afflictiva escasez, en que el hambre pálida solía tyranizar al convento, dando á cada religiosa una limitadísima ración en especie, diariamente, ó suministrándole doce reales para alimentos correspondientes á toda una semana; pero no ha sido esto lo general, y aun en nuestros tiempos de decadencia, cuando los terribles jaques de los gobiernos que se han sucedido en el país han hecho empobrecer el tesoro de las monjas hasta un grado lastimoso, todavía las rentas acudían á éstas en tropel, y con semblante benévolo y sumiso.

Réstanos dar algunas pinceladas acerca del tenor de vida de las hijas de la Concepción, que servirán al mismo tiempo para retratar el que siguen todas las que profesan la misma regla.

Compónese el hábito que usan, de una túnica blanca con escapulario del mismo color, una y otro de estameña, y un manto asimismo de estameña ó paño basto de color de cielo azul. En el manto y escapulario traen una imagen de Nuestra Señora, cercada de los rayos del sol, y coronada de estrellas la cabeza, con guarnición llana y decente, sin ser de oro, piedras ni esmalte: la del pecho está de suerte asida al escapulario, que se puede quitar y poner cuando se quiera, sin trabajo,

mientras que la del manto se halla cosida en él á la parte del hombro izquierdo. Entran como complemento de este vestido, un calzado tosco, un cordón de pita ó cáñamo, y una toca blanca de lienzo, que cubre la frente, mejillas y garganta, y sobre ella un velo negro común, sin adornos ni artificios.

“Por lo que respecta á la distribución de las horas, á las cinco de la mañana se toca á prima, bajan las religiosas á cumular en los días de obligación, y en los demás las que quieren; y en esto, dar gracias y el desayuno, se gasta hora y cuarto.

“A las seis y cuarto entran á rezar las horas, conviene á saber, prima, tercia, sexta y nona; los lunes se reza un nocturno de difuntos por los bienhechores, y los viérnes un nocturno del oficio parvo por los mismos.... Desde Pascua de Resurrección hasta el día de la Exaltación de la Santa Cruz, se reza nona de doce á una, sólo los domingos, y en esta hora entra media de oración, que se tiene antes de rezarla, y en todo este tiempo, de doce á una se guarda silencio, para lo cual anda una celadora con una campanilla.

“De siete á siete y media oyen misa, conforme á la regla.... á las ocho y media se toca á sala de labor, á que asisten

todas, aun algunas, enfermas, que no están del todo impedidas (como son las habituales) por tiempo de una hora, y de ella la media ó tres cuartos es de lección espiritual. Acabada ésta, se retiran á sus celdas unas, otras á sus oficinas, y la que tiene reja, á ella, siendo de advertir que en tiempo de cuaresma y adviento no las hay, ni día de comunión de regla, ni cuando está patente el Divinísimo, ni en estos tiempos van al torno.

“Luego que dan las doce, tocan á rectorio, adonde van todas las no impedidas. Las criadas llevan la comida hasta sus puertas, y allí la reciben y ministran las religiosas que turnan, y hay, entre tanto, lección espiritual.

“A las dos y cuarto tocan á vísperas, comienzan á las dos y media, y acabadas, rezan completas, y los lunes, miércoles y viérnes se reza el salmo “De profundis,” por los bienhechores....

“A las cinco tocan á maitines, entran al cuarto, rezan laudes, en lo que se gasta una hora cabal, salen á refrescar un cuarto, y á las seis y media vuelven á entrar á coro, rezan el rosario, que dura hasta las siete; después se tiene media hora de oración; acabada, se reza el “Ave maris stella,” y otras devociones particulares de cada una, y regularmente salen á las ocho.

“Se retiran á sus celdas, cenan, y á las nueve tocan á dormir, van al dormitorio todas, á excepción de las que están totalmente imposibilitadas. La prelada da la bendición, que dura un cuarto de hora, según las oraciones que se dicen: ella misma echa el “asperges” en todas las camas, y cerradas las puertas de los dormitorios por la celadora, se entregan las llaves á la prelada.

“De nueve á diez anda una celadora, todo el convento, cuidando del silencio y de que estén cerradas las celdas.”

Extractamos estos apuntamientos sobre el método de vida de nuestras monjas, de la “Sinópsis histórica de la fundación y progresos de el sagrado orden de religiosas de la Purísima é Inmaculada Concepción, y del real convento de Jesús María, de México,” que dió á luz el Lic. D. Baltazar Ladrón de Guevara; y aunque este opúsculo se refiere á las costumbres observadas por las religiosas, en la época en que se redactaba, esto es, á fines del siglo próximo pasado, podemos afirmar que en el día no se ha introducido variación alguna, porque es sabido, que en establecimientos de esta especie, los usos y costumbres se perpetúan sin alteración por muchos siglos.

Tenemos, pues, descrito un día en el convento, que, eslabonado con otros, for-

ma la historia monótona, tranquila y uniforme de la vida en el claustro, modificada sólo de cuando en cuando por la entrada del confesor para alguna enferma, la elección de abadesa, las visitas del médico ó del prelado diocesano, y en otro tiempo las de llegada ó despedida que hacían á las monjas los virreyes.

Imposible parece que criaturas tan amables, sustraídas á miradas profanas, como flores de un palacio encantado, que se gozan en el retiro como ángeles de paz y de inocencia; vírgenes hermosas enamoradas sólo del cielo, y que viven constantemente embriagadas de amor divino, en medio de una atmósfera que fomenta los sentimientos tiernos y ocasiona los suaves deliquios celestiales; imposible parece, decimos, que criaturas como éstas, que al parecer no tienen de humano más que la figura, hayan dado á entender alguna vez que las miserias y delirios del mundo anidan también en el seno de la observancia religiosa, y que á pesar de la oración y los raptos, á pesar de las dulzuras ascéticas, el corazón humano es el mismo en todas partes.

Concebimos muy bien que hay consecuencia en la conducta de quien dijo:

Siempre el juguete fui, de mis pasiones.

Fué un poeta desgraciado, escéptico de remate, más escéptico que Byron, su modelo; sí, porque Espronceda sentía clavada la duda en las entrañas, y el gran lírico inglés la alimentó no pocas veces sólo por ostentación ó por sistema: concebimos muy bien que sus acciones fuesen casi siempre dictadas por la fiebre de ambición que le devoraba, que declamase contra todo sentimiento noble, juzgando incapaz de virtud á la naturaleza humana, y que buscara la felicidad en el torbellino de los placeres mundanos ó en el contentamiento de las pasiones revolucionarias: concebimos muy bien que las almas del mismo temple sigan sus pisadas; ¡pero las monjas!... Y no cabe la menor duda: las esposas del Cordero sin mancilla han echado á espaldas alguna vez las sublimes lecciones que les da el Esposo en el seno del retiro; las monjas de la Concepción han intrigado, revolucionado, armado una asonada, empuñado armas mortíferas, puesto manos airadas en la superiora, vociferado, corrido como posesas, como bacantes, en una palabra... ¡se han pronunciado!

Y este escándalo ha tenido verificativo en el período de más fervor religioso, en pleno gobierno colonial, á principios del siglo décimo octavo, cuando aún ardía el

brasero insaciable de la plazuela de San Diego.

Y no esperaron la llegada de la noche; no se avergonzaron al verse frenéticas, con el rostro contrariado de cólera, y respirando venganza, mientras la luz del sol reflejaba cariñosamente en la torre del convento, mientras la brisa sutil de la mañana mecía los tallos lánguidos de las plantas que cuelgan de las cornizas, mientras llegaban á los claustros las oleadas fragantes del incienso que se quemaba á esas horas en el templo, ante los altares, y mientras el esmaltado "chupa-rosa" visitaba, saludaba, besaba las flores del jardín, volando de unas á otras, como una centella fosfórica.

No repararon en lo poco que les sentaba el mirar iracundo, la falta de compostura, el desarreglo del hábito y las convulsiones de la rabia substituídas al aire de modestia, de humildad, de santidad inherente á las buenas religiosas; y poseídas de arrebatada demencia, buscan armas, las empuñan y blanden, con unas manos acostumbradas sólo á tocar las cuentas del rosario.

Están resueltas, resueltas á aniquilar al objeto de sus furores; quieren apagar su encono en la sangre de una víctima, de la abadesa, su hermana, su madre, á quien deben amor, sumisión, filial obediencia...

Y estas escenas pasan en el claustro, mientras el mundo las cree en oración implorando favor para los desgraciados pecadores, y vestidas de cilicio y ayunas para aplacar la cólera del Eterno.

¡Hay horas en que el mundo camina dando tras pies como un beodo!

¿Y cuál fué la causa del tumulto monástico?

Jamás llegó á traslucirse para los profanos, impenetrables, como son, los muros de un convento, y hasta el presente nadie la sabe.

Cúbrela el misterio con sus alas de crespón, y todo lo que nos ha llegado de ese acontecimiento, es la nota que de él tomó D. Antonio de Robles en su diario, y es la siguiente:

“Viernes 30 (Setiembre de 1701), como á las nueve del día, poco más ó menos, fué el señor Arzobispo (el Ilmo. y Excmo. señor Don Juan de Ortega Montañés) en la carroza del provisor, el cual y el canónigo D. Rodrigo Flores, fueron acompañándole al convento de la Concepción, por habersele dado aviso de que había motín entre las religiosas contra la abadesa, y que la querían matar, como hubiera sucedido, si su Ilma. se hubiera tardado una hora, el cual las sosegó y compuso, con harto trabajo, por estar tan inquietas, que al mismo Arzobispo respon-

dían y hablaban con resolución y claridad.

## IX.

### Una promesa cumplida

Sin embargo, no se crea que las monjas de la Concepción vivieron siempre entregadas á tan descomunal anarquía, y en obsequio de su bien granjeada reputación, diremos que en la historia del convento puede considerarse el escándalo antes descrito, como un paréntesis odioso, trazado por el genio del mal, aprovechando un descuido del espíritu de observancia religiosa; fué, en suma, el “cuarto de hora” funesto que aqueja á todo mortal en su vida, y en el cual se muestra débil el fuerte, estúpido el sabio y pecador el virtuoso.

Por lo demás, nuestras monjas fueron dechado de religiosas, y aun hubo algunas que vivieron y murieron en opinión de verdaderas santas. Ignoramos sus nombres; pero la tradición nos ha conservado algunos de los hechos que más contribuyeron á fijar su existencia en la memoria y en la veneración de sus hermanas, y aunque envueltos en los dorados

celajes de lo maravilloso, todavía fuera interesante la noticia de todos ellos en un libro especial, contentándonos nosotros con la relación de uno solo, que se refiere á una venerable maestra de novicias.

Poseía esta monja el don de profecía, y hojeaba el gran libro del porvenir, descubriendo los secretos de la existencia, como recorría las páginas de su breviario para hallar las oraciones de su rezo diario. Veía, además, lo íntimo del corazón humano, con la misma claridad que en un remanso de agua limpia se perciben las arenas brillantes, las guijas aglomeradas caprichosamente y los enjambres de larvas que circulan en torno de las peñas.

Era, por lo tanto, una persona, si bien respetada, temida, muy temida. Centinela siempre alerta para observar la conducta de las religiosas, testigo invisible de todo cuanto pasaba en las celdas y en los más remotos ángulos del monasterio, el simple recuerdo que de ella se hacía, era una amonestación ó un reproche, y lo que menos inquietud causaba, era su presencia en persona.

Con todo, estaba favorecida del cielo, con tanta modestia, con tanta benevolencia, con tanta amabilidad, que de todas las moradoras del claustro era buscada y

solicitada en las aflicciones, en las perplexidades y en todos los cuidados de la vida, como el consuelo más pronto y seguro, como un ángel tutelar, y como el mejor intérprete á la vez que medianero para con Dios.

De aquí nacía la ilimitada confianza que inspiraba á las novicias; confianza más delicada y grata que la que se establece entre una hija inocente y una madre virtuosa y llena de experiencia; confianza que abría enteramente los corazones de una y otras para comunicarse en amoroso abandono sus pensamientos y afectos, y aun sus más insignificantes deseos. En una palabra, la encantadora maestra de novicias era para con ellas, no el mentor severo, inflexible, tiránico y agrio que las desalentara para proseguir por el sendero del bien ponderando los tropiezos de que está sembrado, sino la directora ilustrada, deferente para todo lo que no importaba una trasgresión de los preceptos monásticos, suave en las reprensiones, sencilla en los consejos, humilde al inculcar el amor á la perfección evangélica, y, en suma, no una maestra, sino una verdadera amiga.

Hallándose un día esta buena señora, en conversación con las novicias, pronunció estas palabras:—Luego que haya profesado la que menos tiempo lleva en el

convento, emprenderé yo el viaje que tanto deseo.

No todas las novicias comprendieron el oculto sentido de esta expresión, aunque la mayor parte vió en ella una predicción de la cercana muerte de quien la había proferido. Entristeciéronse algunas y dudaron otras; pero el hecho correspondió á la profecía.

Poco antes de morir la venerable monja, rodeáronla todas las que habían sido sus alumnas, y cada cual le hizo encargos para la eternidad; de esos encargos, que consisten en recomendaciones á fin de alcanzar del Autor del bien tales y cuales auxilios para no naufragar en el tormentoso océano de la vida.

Una sola había permanecido derramando sus lágrimas en silencio, sin atreverse á pedir nada á su madre, en cuyo rostro leía que estaba á punto de expirar; pero ella la animó diciéndole:

—¡Y tú, nada tienes que encargarme para el Esposo!

—Es mucho lo que deseo, y no me atrevo á pedirlo..

—No desaproveches este instante, dime lo que más deseas.

—Pues bien, quisiera saber, como tú, madre mía, el día de mi muerte, con toda la anticipación necesaria para prepararme á ese trance, de una manera especial.

—Yo te prometo venir á anunciártelo, cómo y cuando más convenga á tu eterna salud.

—¡De veras!

—Y morirás conforme á tu deseo; ese deseo que no tienes valor de comunicarme.

Falleció la maestra de novicias: su hábito, los utensilios que le pertenecían, y hasta las flores que la adornaron en su ataúd, se repartieron entre los individuos de la comunidad, como sagradas reliquias.

Pasaban los años, y entre tanto, la monja tímida no olvidaba la promesa de la que fué su maestra.

Pero, ¿cuál era el deseo que no se había atrevido á manifestarle?

Era una puerilidad, si se quiere; pero al fin era un deseo inocente, y de que no tenía que avergonzarse: quería morir escuchando la música tierna, suave y conmovedora del himno que se entona en las profesiones de las religiosas, y que empieza con estas palabras: "Veni sponsa Christi."

Acercábase ya nuestra monja á la vejez, y al entrar un día á coro, notaron sus hermanas que se había detenido á escuchar, como si conversara con ella un espíritu: concluída la oración, se apresuró á pedir licencia á la abadesa, para hablarle á solas; nadie supo de qué trataron en

aquella entrevista; pero lo cierto es que la monja se retiró desde luego á la ermita destinada á ejercicios espirituales más continuos y perfectos, de donde salió pasada una semana, y en la vispera de la profesión de una novicia.

Reflejaba en su rostro una luz serena; distraíase durante la conversación, y sus miradas parecían fijarse en un objeto que no era de este mundo.

Nadie, sin embargo, se acordaba ya, ni de la maestra de novicias, ni de la promesa que había hecho poco antes de expirar; y una y otra hubieran quedado sepultadas para siempre en el olvido, si al día siguiente, cuando se cantaba el "Veni sponsa Christi," durante la profesión de la novicia de que acaba de hablarse, no hubieran visto las monjas reunidas en el coro bajo, que una de ellas, la que acababa de salir de "ejercicios," desfallecía al escuchar las delicadas y apacibles melodías del himno, y que poco á poco vino á tierra, pronunciando distintamente estas palabras:

—Gracias, madre mía; muero, y tu promesa está cumplida.

X.

Transformación.

El recuerdo de la ermita donde se preparó á morir nuestra religiosa amante del "Veni sponsa Christi," nos conduce á buscar ese lugar en el convento, para describirlo, ya que desde el año de 1701, en que acaeció el pronunciamiento de las monjas, hasta su translación al monasterio de Regina en el de 1861, se presenta en su historia un gran vacío que no podemos llenar con la relación de ningún otro hecho ó acontecimiento de importancia. Pero tropezamos con un inconveniente, y es, la incertidumbre respecto á la situación de esa ermita, ahora principalmente cuando la gran manzana que ocupaba la morada de las concepcionistas se vé cruzada por calles para cuya apertura ha sido menester derribar no pequeña parte del edificio.

—¿Quién sabe si la capilla que buscamos está reducida á escombros y nos fatigamos en vano?—Tal era la pregunta que nos hacíamos una tarde, al atravesar por una de las nuevas calles susodichas, procurando estudiar los muros de ruinas, páginas desordenadas de aquel gigantesco libro de piedra.

—Mas entremos á esa gran casa de vecindad, que fué no ha mucho tiempo uno de los más amplios y cómodos departamentos del monasterio.

—Aquí hay algo que ver, nos dijo, sin ser preguntada, una joven que encontramos á la puerta; aquí, pasado el patio, y luego el callejón largo, se llega á un patiecito obscuro donde hay una escalera que casi lo llena todo, y en uno de los lados está una pieza que se conoce fué capilla, porque dentro tiene un retablo, aunque muy viejo, y fuera, junto á la entrada, hay en la pared escritos algunos versos.

Agradecemos la indicación, y pasamos á dar pávulo á la curiosidad, recorriendo aquel edificio y llegando por fin á encontrarnos en el patiecito, frente por frente de la capilla mencionada. Era tal cual se nos había descrito, y los versos son los siguientes:

I.

En qué piensas, mortal, qué divertido  
Vives en el deleite y el pecado!  
Cuál es el fin para que fuiste criado,  
Y cuál ha sido el modo en que has vivido?

Como bruto sensual entorpecido,  
Vives á los placeres entregado:

¿Es posible que te hayas olvidado,  
De tu destino noble y distinguido?  
¡Ea! vuelve en tí, recuerda tu nobleza;  
Confúndete de haber puesto tu anhelo  
En vivir para el polvo y la vileza:  
Mira hácia arriba, no mires al suelo,  
Que es delirio contrario á tu grandeza,  
Buscar el polvo, siendo tuyo el cielo

II.

Pára, detén el paso, caminante;  
Mira á dónde has llegado y qué es tu in-  
(tento.

De Dios es el auxilio y tocamiento;  
Mas quiere que sea tuyo lo restante.  
Agua y fuego te pone aquí delante:  
Elige lo que quieras; pero atento  
A que de esta elección y llamamiento,  
Cuenta has de dar en el postrer instante.  
¿Qué sabes tú, si aqueste auxilio ha  
(sido

Aquel en que tu Dios ha decretado  
Que quedes reprobado ó elegido?  
¡Oh! no lo pierdas: piensa con cuidado  
Cuántos millares de almas se han perdido  
Por no haber igual luz aprovechado.

III.

Antes de entrar aquí, medita un tanto,  
Qué motivo á esta empresa te dá aliento:

Si es alguno mundano, en el momento  
Vuélvete al mundo, tórnate á su encanto :

Pero si atraída del auxilio santo,  
A tratar con tu Dios vienes de intento,  
Entra en buena hora, y en tu seguimiento  
Venga el dolor, la compunción y el llanto.

Entra, que aquí las gracias, los favores,  
De éste Padre clemente se derraman,  
A la medida fiel de los fervores.

Entra, que aquí son oídos cuantos cla-

(man ;

Entra, que aun á los tibios pecadores  
Pávulo aquí se dá, con que se inflaman

#### IV.

¡ Mi Dios, mi Padre, mi Pastor pacien-  
(te !

Ya entro, ya estoy aquí, ya llegó la hora  
En que esta tu criatura pecadora  
Vuelve á casa del Padre más clemente ;

Mi Pastora divina, diligente,  
La gran María, mi Reina, mi Señora,  
Cuya mano tus gracias atesora,  
Que me trague el infierno no consiente.  
Por salvarme, al redil me ha conducido,  
Donde limpias las almas del pecado ;  
Héme aquí, Padre mío, ya estoy rendido :

Toca á tí que me vea resucitado,  
Cúrame, pues, me miras tan herido ;  
Gózate de que al pródigo has hallado.

¿ Será esta la ermita que buscábamos ?  
No nos atrevemos á asegurarlo, si bien  
todas las apariencias la señalaban como  
tal.

En el día, está convertida en la habi-  
tación de una familia pobre, y en el mis-  
mo caso se encuentran todas, ó casi to-  
das las viviendas que formaban el mon-  
asterio. ¿ Podrá estar enojado el cielo á  
causa de esta transformación ? ¿ No ha si-  
do un positivo adelanto, un acto de ver-  
dadera filantropía, el abrir las puertas de  
los conventos á todos los desvalidos, para  
que mejorasen de habitación ? ¿ No ha si-  
do laudable brindarles con una vivienda  
cómoda y aseada por el mismo precio en  
que alquilaban esos cuartos de los arra-  
bales, que son unas pequeñas mazmorras,  
perpétuamente infestadas de exhalaciones  
pútridas, y por cuyas puertas penetra con  
dificultad la luz del sol ?

Casi todas las viviendas, dijimos, y es  
la verdad, porque hay algunas habitadas  
por ricos, que son al mismo tiempo los  
propietarios de ellas, en virtud de compra  
autorizada por las leyes de desamortiza-  
ción. Respetamos esas enagenaciones ; pe-  
ro, ¿ no hubiera sido más conforme al espí-  
ritu del progreso, conceder á los pobres  
la propiedad de todos los conventos, co-  
mo la conquista que hubiese hecho para  
ellos la Reforma ?

Como quiera que sea, el conjunto de casas monstruosas de que se componía el convento de la Concepción, va perdiendo de día en día su aspecto monacal, y adquiriendo el aire de elegancia que caracteriza los edificios de moderna construcción, porque realmente esas casas se están transformando á gran prisa, y pasados algunos años, no ofrecerán un solo vestigio de lo que fueron.

Sólo queda, como antes, el grandioso templo, con sus portadas de orden corintio y su torre, que es una de las más altas de la ciudad. El adorno de lo interior es digno de verse. En el altar mayor se venera la efigie que representa la Purísima Concepción, de quien la tradición refiere estupendas maravillas, y cuyo origen se pierde en las sombras de la antigüedad. No menos celebridad gozaba el coro alto, por un hecho propio para alimentar temores supersticiosos ó alarmar la credulidad femenil. Dícese que á espaldas del órgano, había en el suelo un punto donde caía de lo alto una gota de agua cristalina, pero sólo de cuando en cuando, y con tal misterio, que nadie pudo jamás descubrir de qué parte de la bóveda se desprendía.

Creyóse alguna vez, que se filtraba por una grieta imperceptible desde abajo: revocó el albañil, con nimia escrupulosidad,

todo el espacio de la bóveda, que se tuvo por conveniente, aunque no halló en ella la más leve abertura; pero la diligencia fué estéril, y la gota singular siguió cayendo, como antes, produciendo un ruido seco y extraño que se oía en el silencio de aquel lugar, como la pisada de un espectro.

No faltó monja á quien fuese revelado que la gota intermitente era un reloj misterioso que medía la duración del convento, el cual sería destruído tan luego como aquélla dejase de caer.

Diremos, para concluir, lo relativo al monasterio de la Concepción, que en el curso de su existencia ha tenido ya otras metamorfosis, y una de ellas fué la que indica la siguiente inscripción, que se vé en la torre, á corta distancia de la cornisa del primer cuerpo:

“En 19 de Octubre de 809, se renovó este convento”